

813 PQ2623
L. E6
B388

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. de J. Pueyo, Luna, 29
Teléfono 10864 — MADRID

LA BATALLA INVISIBLE ⁽¹⁾

I

EL ALMIRANTE VON TREISCHKE

EN el curso de mi vida he tenido ocasión de encontrarme con algunos rostros antipáticos; pero ninguno podía igualar en antipatía al del almirante von Treischke. En su cabeza cuadrada, de la que cortados en forma de cepillo emergían los erizados cabellos, sus cejas, espesas como un matorral, medio ocultaban unos ojillos grises, en acecho siempre, llenos de maldad; profundísimas arrugas surcaban aquella cara en la que dos labios delgadísimos se cerraban herméticamente; dos peludos lobanillos, situado el uno encima de la nariz, y en el lado izquierdo del mentón el otro, completaban la repulsión de aquel rostro.

El bigote transformaba a von Treischke en una foca o en un tigre, según las circunstancias.

Cuando algunas veces salía del *cabaret* o de la cervecería (salgo del *cabaret*; ¡pero qué rara está la calle! Por mucho que la busco no la encuentro; ¡oh calle!, ¿estarás ebria?); cuando salía, pues, como decimos, del *cabaret*, lo hacía muy confortablemente, esto es, en brazos de sus camaradas de juerga o en los de los complacientes se-

(1) Continuación de *El Capitán Hyx*. (M. Aguilar, Editor.)

ñores de la policía, y entonces, con sus bigotes húmedos y caídos, recordaba con bastante precisión a esos mamíferos de aceitosa piel al salir de la onda amarga. En sus horas de abatimiento y melancolía conservaba igualmente los pelos caídos; pero al dominarle el furor o su habitual maldad, o con ayuda del cosmético, se colocaba, en pocos minutos, en el rango de los tigres.

¡Que una mujer como Amalia hubiese podido casarse con aquel hombre y darle hijos tan hermosos, era un misterio de la creación!

Como decía, pues, el almirante Heinrich von Treischke se me apareció en el momento que me disponía a comer la sopa familiar, siéndome necesario abandonar sopa y familia para seguirle a la habitación contigua.

No pasó esto sin las protestas, lloriqueos y súplicas de parte de mi anciana madre y Gertrudis, que habían venido detrás de nosotros: «¡Es inocente, *herr* almirante, inocente de todo lo que de él ha creído usted! ¡Ha sido él quien ha salvado a la *gnaedige frau, herr* almirante!»—añadiendo a éstas otras frases tendientes a desvanecer del espíritu de mi terrible interlocutor cualquier mal pensamiento a mi respecto, pero que no consiguieron desarrugar su ceño ni dulcificar sus maneras.

Con gran brutalidad cerró la puerta detrás de nosotros y aunque mi conciencia estaba tranquila, no las tenía todas conmigo.

—¿De dónde viene usted, Herbert de Renich? ¿Qué viene usted a hacer aquí? ¿Cómo ha venido hasta aquí?

Estas fueron las tres frasecitas que me lanzó el almirante, como se tira un hueso a un perro. Yo no las recogí, y en lugar de contestarle directamente pregunté al almirante con una sangre fría que me sorprendió a mí mismo:

—Me permito preguntar al *herr* almirante si le han visto llegar a esta ciudad, si le han visto penetrar en esta casa... y me atreveré a aconsejarle que proceda en forma para que durante algunos días se ignore el lugar de su retiro.

—¿Qué retiro?—gritó, arrojándose sobre mí—. ¿Hay que hablar a usted con guante blanco? ¡*Meine geduld ist zu ende!* (¡mi paciencia se acaba!). ¿Está usted loco o sordo? ¿Habrá que llamar a los *schutzmänner* (gendarmería montada) para sacarle la verdad?

Esto fué seguido de otras amenidades extravagantes y temibles amenazas. Sin duda alguna reventaba de rabia. En sus carrillos, tersos por el furor como un parche viejo de tambor, reaparecían las cicatrices violáceas de las cuchilladas, practicadas en la época en que el *herr* almirante se paseaba por las calles de Heidelberg acompañado de su enorme perro de estudiante. Tengo la seguridad que de haber tenido aquella noche al fiel animal a su lado le hubiera obsequiado con algún pedacito de carne de aquel maldito Herbert de Renich... Por fin su acceso se terminó con estas categóricas palabras:

—Usted se hallaba en Madera al desaparecer la señora almiranta, y usted desapareció al mismo tiempo que ella. ¡Si dentro de un minuto no me dice dónde se encuentra, es usted hombre muerto!

Y sacó un revólver, que depositó ruidosamente sobre una mesa que tenía ante él.

—¡Si no he venido aquí más que para decírselo!—exclamé en seguida—. ¡Para decírselo y para salvarla, al igual que para salvar a usted, *herr* almirante!

Y a continuación, y sin tomar respiro, pues le había visto posar su mano sobre aquel arma, de la que no se separaban mis miradas, le dije:

—La señora almiranta y sus hijos han sido capturados, robados, secuestrados por unos piratas que los encerraron a bordo de un submarino en donde ya se hallaban numerosos oficiales alemanes; yo mismo he estado a punto de ser la presa de esos bandidos, que no tienen otro pabellón que el negro, y que no reconocen otra ley que la de la más horrible y monstruosa verganza...

Al oír esto cambió la expresión de su rostro. Me pareció

observar que lo que yo le decía no ofrecía para él duda alguna.

¿Debió atribuir una tan rápida transformación al acento de sinceridad que puse en mis palabras, o bien a que lo que le dije concidía con ciertas hipótesis que ya él se había formado? A mi juicio había de las dos cosas. Lo cierto es que yo oí un gemido que parecía un gruñido, seguido de esta pregunta:

—¿Qué han hecho de mi mujer y mis hijos?

Heinrich von Treischke preguntó esto con un acento tal de desesperación que me sorprendió sobremanera, pues siempre había dudado que en el cuerpo de un tigre como aquél latiera un corazón.

—Me he escapado de aquel infierno—contesté ya tranquilo por el giro que iba tomando el diálogo— para salvarles y para salvar también a todos sus camaradas de gehena del martirio suspendido sobre sus cabezas.

—¿Y qué hay que hacer para eso?—preguntó el almirante con ansiedad—. ¿Está usted seguro de que podemos llegar a tiempo? Tenga usted cuidado con lo que contesta. Hábleme usted en soldado.

—¡Señor almirante, yo no soy un soldado, soy un neutral, y mi palabra es la de un hombre honrado! Sé que en mi ausencia se me ha calumniado de una manera odiosa...

—¡No se trata de eso!—rugió el tigre—. ¿Me contesta usted o no? ¿Qué hay que hacer?

—Ante todo ocultarse usted, pues no esperan más que su captura para dar principio a la carnicería.

En pocas y bien sentidas frases le relaté mi evasión del submarino en hidroavión, poniéndole al corriente de una manera precisa de la empresa intentada por sus enemigos y que consistía en raptarle, de la misma forma que se habían llevado a los burgomaestres de ciertas ciudades del Norte alemán.

A medida que me explicaba se revelaba en el tigre una emoción más intensa.

—Entonces, señor Herbert de Renich, ¿ha sido usted prisionero del capitán Hyx?

—¿Le conoce usted?

—Dudábamos de su existencia real—confesó en voz baja—; es decir, algunos de nosotros dudan aún y se jactan de creer que sólo es un espantajo inventado para asustar a los niños, a pesar de que hayamos recibido del modo más misterioso extrañas cartas de prisioneros y serias advertencias. En lo que a mí respecta, debo decir que su relato no me sorprende en demasía...

Pareció reflexionar antes de decir más; después prosiguió:

—Aún añadiré que si su presencia en Madera no me hubiera sido señalada, así como la coincidencia de su desaparición simultánea a la de la señora almiranta, no hubiera vacilado en orientar mis investigaciones del lado de...

Aquí volvió a detenerse, clavando en mí sus ojos de tan aguda manera que me sentí verdaderamente molesto y balbuceé:

—¡La señora almiranta es la mujer más virtuosa que he conocido...

—¡Naturalmente!—rugió—. ¿Cree usted que puedo yo admitir que ninguna la aventaje en honestidad? ¡Dumm! (Lo que quiere decir, poco más o menos, imbécil; insulto que me dejó aturdido unos instantes.) Sólo que nadie me impedía pensar—reclinó el bárbaro su rostro al mío—que bajo la piel de un cierto Herbert Renich no se ocultase un ladronzuelo de amor, capaz de la infamia más corriente: la de raptar a una madre y obligar a una mujer, con la amenaza de los hijos, e incluso por el mismo procedimiento, a meter en un puño a ese buen hombre que se llama von Treischke! ¡Qué júbilo y qué venganza para un joven encantador que ha perdido su novia mientras daba la vuelta al mundo! ¡Oh! ¡Nada es imposible en este mundo para un enamorado!...

—¡Caballero—exclamé—, me está usted insultando! ¡No

diré a usted nada, ni una palabra más, hasta que no me haya dado explicaciones!

Al oír el almirante estas palabras pareció quedar tan sorprendido como si entre ambos hubiera caído un rayo. Volvió a poner su mano sobre el revólver y creí que iba a matarme acto continuo; pero fué para meter el arma en su funda de cuero.

Me rogó que tomara asiento, tomándole él ante mí, y me dijo con voz sorda, exenta de irritación, pero no de cierto desprecio:

—Le he creído capaz de muchas cosas peligrosas para mi honor; pero el *dumm* lo soy yo, pues usted es incapaz de hacer la menor cosa. Con todo, y según lo que usted cuenta, veo que no hay para regocijarse.

Volvió a clavar en mí su mirada con singular expresión, se puso en pie, y acercando su boca a mi oído me preguntó muy quedamente:

—¿El capitán Hyx no será...?—y pronunció bajito, ¡oh!, ¡muy bajito!, el nombre del más grande filántropo del universo.

Yo me estremecí y le contesté evasivamente que el capitán Hyx llevaba siempre un antifaz y que, por lo tanto, nadie podía asegurar... «pero, a pesar todo, bien pudiera ser...»

Al oír esto palideció intensamente.

—¡Me lo temía!—exclamó.

—Tiene usted razón en temerlo—le dije—, pues pretende que ha sido usted quien ha ordenado el suplicio de la mujer de ese gran filántropo en cuestión, y ha jurado vengar a su mujer, como también a Miss Campbell..

El almirante palideció más, si cabe.

—¡la! ¡la!—suspiró, un suspiro de foca—; él (el gran filántropo) dejó escapar palabras de furor y terrible venganza al saber todo el asunto...

Y de pronto, cesando de suspirar como una foca, von Treischke ordenó:

—¡Hable!... ¡Diga lo que sepa, desde el principio hasta el fin!...

Me oyó sin interrumpirme. Le conté al detalle toda mi aventura submarina. Esta vez tenía la seguridad de no traicionar a nadie, todo lo contrario, pues servía al capitán Hyx en el sentido de hacerle temible a sus enemigos. Empujado, sin embargo, por un secreto instinto, nada dije de mi aventura en la isla Cies, ni de nada que de cerca o de lejos se relacionara con el asunto de la *cota seis metros ochenta y cinco*... Añadiré que al finalizar mi relato me negué en redondo a descubrir una cosa, lo que provocó la cólera del general. Era ésta el lugar donde aterrizó el aeroplano.

—Sería recompensar malamente—dije—a los que traicionando al capitán Hyx me han salvado y me han conducido cerca de usted, almirante, y esto no hay que olvidarlo...

—¡Aquí no se trata de recompensar a nadie, sino de capturar a unos piratas! ¿Quiere usted, acaso, ser ahorcado con ellos?—me dijo.

Y sin esperar mi respuesta me dejó plantado, afirmando que «mañana será otro día»...

Oí el crujido de sus botas al atravesar los corredores y las avenidas, luego la puerta de la calle que se abrió y volvió a cerrarse...

II

UNA NOCHE AGITADA

CUANDO ya no oí sonido alguno en la calle, abrí con precaución la puerta del cuarto, encontrándome frente a mi buena madrecita y la excelente Gertrudis, cuyos ojos revelaban el mayor trastorno.

—¿Qué ha pasado?... ¿Qué te ha dicho?... ¡Qué aire tan preocupado y feroz tenía al salir de aquí!... Herbert, querido hijo mío, ¿qué podemos temer?

—He hablado según los dictados de mi conciencia— contesté a mi madre estrechándola con ternura entre mis brazos—. Ahora ocurra lo que Dios quiera. Sin embargo, debo decir a usted, madre mía, que creo que no hemos llegado al fin de nuestras penas.

—¿Será posible? ¿No le has gritado tu inocencia? ¿No ha podido leerla en tu cara?

—Ciertamente, y me ha creído en seguida. Por otra parte, no se ha mordido la lengua y me ha dicho que me creía demasiado... *dumm* para ser culpable... Pero, qué importa, estoy ya metido en una aventura de la que difícilmente saldré en mi vida... De cualquier lado que me vuelva no veo para mí más que dolor, sangre y lágrimas...

—¡Sangre y lágrimas!... Pero ¿qué te ha ocurrido, desgraciado hijo mío?

Iba por segunda vez a emprender el relato de mis infortunios, cuando regresó Gertrudis de la cocina con la sopa de puerros y patatas que había vuelto a calentar. Me lancé a ella y, a despecho de las circunstancias, me serví esta vez dos grandes platos mientras me contemplaban mi madre y su criada en silencio enjugándose las lágrimas. A continuación me bebí un gran vaso de vino de nuestra cosecha, cuyo sabor y el calorillo que extendió por mi cuerpo acabaron por «reconfortarme», y ya no dejé languidecer por más tiempo a las dos buenas mujeres. A las dos de la mañana todavía las tenía ante mí al otro lado de la mesa, postradas de espanto, con las manos juntas, invocando a Dios y a la Virgen a cada una de mis historias.

De tiempo en tiempo me levantaba para ir a abrir la puerta del comedor, pues me parecía oír ruidos extraños, semejantes al deslizamiento de pasos ahogados sobre la alfombra del pasillo.

Nada descubrí, y las dos mujeres me dijeron que no me preocupara de eso, pues desde hacía unas semanas estaban acostumbradas a ser espiadas y a encontrarse a cada instante, al abrir una puerta, con alguno de los dos criados que el von Treischke les había impuesto.

—*Aparte de esto*—dijeron—, no tenemos por qué quejarnos. Los dos criados se conducen correctamente con tal de que se les dé de beber y comer hasta que casi revientan. Pueden escuchar lo que quieran. Nada tenemos que ocultar, ni mi Herbert tampoco...

Sea lo que fuere, yo no estaba tranquilo, y como en determinado momento creí oír un gemido, me dirigí a la cocina, en la que Gertrudis me dijo que había dejado a los dos individuos durmiendo. Mi madre y Gertrudis se empeñaron en acompañarme.

Apenas empujamos la puerta de la cocina, cuando las dos mujeres lanzaron un grito. Los dos soldados, pues eran dos bombarderos—los reconocí por su uniforme—, estaban tendidos en el suelo, atados y amordazados. Les pu-

simos de pie, desembarazándoles de sus ligaduras; pero nos fué imposible sacar de ellos el menor informe. Parecían completamente embrutecidos por el exceso de comida y bebida, como también, quizá, por el miedo. Pero como era de suponer que no se habrían puesto de aquella manera por su propio gusto, nos fué necesario sacar en consecuencia que habían sido víctimas de una agresión que nos parecía hartamente misteriosa.

Nada habíamos oído, o tan poca cosa, que nada podíamos comprender de lo que había pasado.

Las mujeres temblaban de miedo; por mi parte, yo no estaba muy tranquilo, y hasta llegaré a decir que tenía bastantes razones para temer las peores desgracias.

En seguida pensé en alguna empresa del teniente Smith (el Irlandés) y de los hombres que con él iban en el hidroavión. ¿Habrían averiguado que el almirante estaba en aquel momento en Renich y que precisamente se encontraba en nuestra casa?

El asunto no parecía inverosímil considerado desde aquel punto de vista. Había, pues, que pensar que habían venido aquí (¡y sólo Dios sabe por qué camino!) con el solo fin de apoderarse de von Treischke, y que al constatar su ausencia se habían marchado tranquilamente, después de reducir, desde el principio de la aventura, a nuestros dos bombarderos a la impotencia.

Si era cierto que esta versión me inspiraba temores de acontecimientos desagradables para von Treischke y de otros mucho más atroces que yo había hecho lo imposible por evitar, tenía por lo menos la ventaja de tranquilizarme—o poco menos—en lo que a mí se refería, pues otra versión era también posible: *la de que la tripulación del Vengador a quien buscarse fuera a mí...*

Con la rapidez que el auto-hidroavión desarrollaba, explicábase fácilmente que, una vez fallado el golpe en Zeebrugge, hubiera vuelto el irlandés a informar al capitán Hyx, el que, impuesto de mi fuga, habría lanzado sus hombre

en mi persecución, sobre todo si había reflexionado que había podido yo contribuir en algo en el fracaso de su proyecto. Si mi razonamiento era cierto, su furor debía ser terrible, pues yo le había contrariado en un asunto en el que tenía un empeño tal, que por él lo había abandonado todo en el preciso momento en el que se libraba en cierto sitio, alrededor de las islas Cies, la formidable *batalla invisible*, y en el que se destruían en los bordes de la *cota seis metros ochenta y cinco...*

Con el corazón oprimido por una angustia sin nombre, me decidí, con una linterna en la mano, a *buscar sombras en la casa*, las sombras misteriosas que habíamos oído deslizarse con ahogado paso sobre la alfombra del pasillo y que habían ido a escuchar a las puertas. Las mujeres me suplicaban que me encerrara con ellas y con los soldados borrachos en la cocina, y que todos reunidos esperásemos el nuevo día.

Pero yo quería salir de dudas. Quería a todo trance y lo antes posible evadirme de aquel miedo que me rondaba, y, más que todo, lo que yo quería era desembarazarme de él para los días sucesivos.

¿Habían venido las sombras por el almirante von Treischke o por mí?

¡Quería hallar a las sombras! ¡Quizá acabáramos por entendernos! No disponía de arma alguna y tampoco pensaba en combatir las, sino en convencerlas de que se fueran para siempre sin hacerme sufrir más, y yo les juraría que jamás me mezclaría en sus asuntos; les suplicaría que consideraran que eran muy culpables al olvidar mi calidad de neutral.

A pesar de todo, como mi mano derecha estaba libre (con la izquierda tenía la linterna), empuñé una barra plana de hierro que servía para atrancar interiormente las contraventanas, y la utilicé a guisa de bastón en aquel lamentable paseo nocturno a través de los recovecos de mi querida casita.

Las mujeres no habían querido abandonarme y me seguían las dos con candelabros que temblaban en sus viejas manos y cuyas bujías se apagaban al menor soplo.

Nunca como aquella noche gimieron los vacilantes tramos de las viejas escaleras de madera con tan doloroso y misterioso acento. Parecíanos como si los escalones se quejaran antes de que sobre ellos pusiéramos nuestra planta, y a despecho de todos nuestros ruegos que del fondo de nuestros tímidos corazones salían para que se callaran a nuestro paso, parecía como si prolongaran su gemido luego de efectuado éste.

A cada ruido deteníase nuestra marcha y oía la jadeante respiración de mi madre y Gertrudis.

—¡Han pasado por aquí!—dijo la temblorosa voz de Gertrudis.

Y la criada me señalaba una escalerita muy estrecha que subía al granero y sobre cuyo primer escalón había un cubo cuadrangular de zinc en el que depositaba la basura recogida en el día. La criada se quedó contemplando estúpidamente el cubo.

—¿Qué te pasa, Gertrudis?

—Nunca pongo el cubo de esa manera, pues lo pongo atravesado y ahora está a lo largo... Seguramente les estorbaba para salir...

Gertrudis tenía razón. Cuando me incliné sobre la escalera pude observar distintamente huellas de pasos muy numerosas y claramente marcadas a causa de la nieve que los bandidos habían traído en las suelas de su calzado.

—¿Está nevando?—pregunté.

—No; pero ha nevado en la madrugada de ayer.

—Pues yo no he visto nieve en las calles.

—Porque se ha derretido; pero queda alguna en los tejados.

—¡En los tejados!...

—¿Dónde vas, Herbert, dónde vas?

Me dirigí resueltamente al granero, levanté la trampa y

avancé un poco la cabeza alumbrándome con mi linterna. Hacía allí dentro un frío terrible y sentí la frescura del helado cierzo que me llegaba por un tragaluz abierto. Salté al interior del granero.

Pude comprobar sin gran dificultad que los pasos cuyas huellas habíamos descubierto en la escalerita se hallaban también en el piso, iban hacia el tragaluz y volvían a la trampa y regresaban de aquél a ésta. Esto es por lo menos lo que me pareció.

Al llegar al tragaluz no pude dominar el deseo de sacar la cabeza, pues la curiosidad humana es más fuerte que todo y casi nunca se satisface. No lo lamenté, ya que pude divisar, inclinándome un poco sobre el tejado, una sombra que se movía misteriosamente en el jardín de la propiedad lindante con la nuestra.

La única vista que sobre aquella propiedad teníamos era precisamente aquel tragaluz. ¡Dios mío! Puedo decir aquí que no había vuelto a ver aquel jardín (que estaba encerrado por altas tapias y defendido por una puerta sólida y compacta) desde la época en que siendo un bribonzuelo me divertía en hacer travesuras por todos los rincones de mi vieja casita en compañía de mis discípulos que a ella llevaba al salir de la escuela para jugar al escondite entre el cáñamo de que el granero estaba lleno en aquel entonces.

Como es natural, la partida se continuaba en los tejados, a *ocultis* de nuestros padres, pues de haberlo éstos sabido, no hubieran dejado de profetizarnos las mayores desgracias y quizá de zurrarnos de lo lindo.

Todo esto lo digo para advertir que aquel inmenso jardín, tan bien cerrado por todas partes, me había intrigado sobremanera.

En el centro de aquel jardín había una casa aislada cuyas ventanas, incluso las del segundo piso, estaban guarnecidas de barrotes de hierro. Tenía aquella casa una sola puerta que nunca vi abrir más que por un viejo jardinero,

que se apresuraba a cerrarla con gran ruido de llaves y cerrojos, lo que me hacía estremecer.

Erraba habitualmente por el jardín un perro bulldog, cuyas mandíbulas, al crujiir, producían un ruido que causaba espanto. La mirada de sus redondos ojos daban miedo. Aquel perro no dejaba de ladrar furiosamente en cuanto nos veía aparecer por el tejado.

Detrás del enrejado de una de las ventanas, aparecía, de vez en cuando, el semblante muy triste de una dama anciana, la que tan pronto reía como lloraba o cantaba.

Llamaban a aquella casa «la casa de la loca», pues había sido construída hacía unos cincuenta años por un señor de la ciudad que se había casado con una joven bella como una aurora, pero que había enloquecido al día siguiente de su boda; debido, según decían, a que aquella joven no amaba al señor de la ciudad, sino a un joven campesino.

La joven loca envejeció en aquella cárcel; murió luego el señor de la ciudad, siguiéndole la loca, y, por último, el jardinero. Naturalmente, en el entretanto, también el perro se había muerto. Después, ya no se vió entrar ni salir a nadie.

Los niños pequeños pasaban corriendo al lado de aquellos muros ennegrecidos, musgosos, comidos por la hiedra y por toda clase de plantas parásitas, pues la casa de la loca, aun sin loca, seguía emanando un sombrío espanto.

Una vez (ya era yo mayor; era la época en que comenzaba a suspirar por las manos de Amalia), tuve ocasión de subir al granero, miré por el tragaluz y volví a ver el jardín. Era ya una selva virgen. Ya no se veían los senderos. Los árboles y las hierbas habían crecido libremente y era aquello una inextricable maraña de ramas y plantas salvajes.

En medio de aquel descuido, la casa había adquirido, con sus postigos colgados de los muros, retenidos aún por algo, un aspecto lamentable. El abandono hacíala más siniestra, y diré que jamás oí en el jardín el canto de pájaro alguno.

Tal estaba la propiedad al partir yo para dar la vuelta al

mundo; siempre desierta, temida siempre por los chlcuelos.

¡Y he aquí que de pronto, desde lo alto de mi punto de observación, veía pasearse una sombra!

La negra silueta desapareció entre la maraña de troncos y ramas que se retorcian desesperadamente bajo el helado viento invernal, para reaparecer luego en el mismo umbral de la casa abandonada.

La noche era bastante sombría, y no podía distinguir si era aquello un hombre o una mujer.

Fueron dados tres golpes fuertes, muy fuertes, y pensé que se trataba de un hombre. Nada se movió en el interior de la casa; entonces el individuo golpeó más fuerte, rabiamente. Casi en seguida brilló esta vez una luz en el primer piso. Dos minutos más tarde, la luz descendió hasta la planta baja, y vi cómo se parlamentaba a través de la cerrada puerta. Esta se abrió.

Una mujer era la que abrió la puerta y un hombre el que había llamado.

La mujer era vieja y tenía todo el aspecto de una criada. Al hombre le reconocí cuando penetró en el círculo de la luz antes de que se cerrara la puerta. Era el almirante von Treischke.

En aquel momento oí la voz de Gertrudis que me llamaba. Había subido hasta la trampa y me suplicaba quedadamente que bajara, que mi madre se moría de miedo. La recibí de mala manera y cerré la trampa después de decirle que no corríamos peligro alguno y que me dejaran inspeccionar los alrededores.

Regresé a mi observatorio y vi que había ahora una luz en una ventana del entresuelo.

Aquella ventana estaba dividida en su mitad por una varilla de la que pendía una cortina que estaba corrida, pero desde mi observatorio, mi mirada, pasando por encima de la varilla, dominaba perfectamente lo que en el interior del cuarto pasaba.

Era una sala rústica, pero convenientemente amueblada.

Von Treischke estaba solo, sentado ante una mesa sobre la que había una lámpara. Se hallaba inmóvil y parecía reflexionar profundamente.

De pronto se abrió una puerta y apareció una mujer. No veía bien su rostro, pero la silueta, envuelta en una bata oscura, me pareció joven y elegante.

Von Treischke se puso de pie y saludó; las dos personas no se dieron la mano. El almirante hizo una seña y la joven se sentó frente a él en un sillón, al otro lado de la mesa. Estaba vuelta de tal forma que yo la veía de perfil, o mejor dicho, esto es, muy mal y a una distancia demasiado grande para que pudiera reconocer un semblante conocido; sin embargo, tuve la impresión de unos rasgos ya vistos y no pude retener un movimiento de sorpresa, poniendo en seguida mi cerebro en tortura para precisar mi recuerdo en torno al casi perfil de aquel rostro.

Von Treischke habló un rato sin que la mujer le interrumpiera una sola vez y lo que le decía debía ser muy interesante, pues veía claramente manifestar a la joven la sorpresa y aun la estupefacción. Finalmente, von Treischke se calló, y, a su vez, le tocó el turno de hablar a la mujer. Esta se puso de pie y ya no vi su rostro, pero distinguía sus gestos enérgicos. Parecía protestar contra algo; sin duda alguna, contra lo que el almirante le había dicho. Lo hacía con una soberana altivez, casi con majestad. Era una hermosa y noble silueta, con un talle admirable que me recordaba al de Amalia, pero que, sin embargo, era más fino. Cada mujer tiene su encanto especial.

Yo continuaba preguntándome: «¿Dónde he visto a esa mujer? ¿Dónde?...»

Cambiaron algunas palabras más y se saludaron secamente, casi con hostilidad y con una cortesía estricta.

La dama se fué y el von Treischke se dejó caer en la silla y se cogió entre las manos su terrible cabeza cuadrada.

No la levantó más que al ruido que debió hacer la vieja

criada al entrar. Le dijo algo, como quien se dirige a un perro, y ambos desaparecieron. Les vi reaparecer en la puerta, separándose ambos en el umbral.

La cara del almirante desaparecía entre un enorme tapabocas y cubría su uniforme una vasta hopalanda.

Todo aquello me pareció muy extraño.

III

LA DAMA VELADA

ME reuní con mi madre y su criada al pie de la escalera. Gertrudis se había esforzado para impedir que mi madre subiera al granero. Discutieron porfiadamente, pero con prudencia y en voz baja.

Regresamos a la cocina, en donde esperaba encontrar a los dos soldados con las ideas un poco más aclaradas por la aventura y en condiciones de darnos algún informe; pero los hallé de nuevo ante sendos vasos que habían llenado en la bodega y lo único que de ellos pude oír fueron incoherentes frases de borrachos.

Todo aquello me pareció de más en más equivoco. Mi madre me hizo unas señas y la seguí a su habitación, en donde, con Gertrudis, nos cerramos con los cerrojos bien corridos hasta el amanecer.

—Estoy persuadida de que saben mucho más de lo que aparentan y de que podrían informarnos perfectamente sobre los bandidos que se han introducido esta noche en nuestra casa... ¿Qué ha querido intentar ese von Treischke esta noche? ¿Acaso un nuevo crimen?—dijo mi madre.

—Ese von Treischke tampoco se ha acostado esta noche, pues acabo de verle penetrar en la casa de la loca, procurando no ser visto—interrumpí yo.

—¡En casa de la dama velada!...—exclamaron al mismo tiempo mi madre y Gertrudis—. ¿Estás seguro? ¡En casa de la *dama velada* nadie entra nunca, a excepción de la vieja criada!

—Pues yo he visto a esa dama y no tenía velo alguno—afirmé yo.

—Eres el único, el único en Renich que la ha visto sin velo.

—Entonces seremos dos, yo y el almirante von Treischke...—y les conté la escena a la que había asistido desde mi tragaluz. Cuando terminé mi relato permanecimos unos momentos en silencio.

—¿Cuánto tiempo hace que la *dama velada* vive en casa de la loca?—pregunté.

—Alrededor de seis meses—me contestó mi madre—. Un día nos sorprendió ver detenerse un coche ante la puerta de esa casa tanto tiempo deshabitada. Descendieron de él dos mujeres, la criada y la dama velada, que penetraron en el jardín. El coche se marchó luego de dejar a las dos ocupantes. Aquel vehículo no era de Renich y jamás lo hemos vuelto a ver. En cuanto a la dama, sale algunas veces, pero siempre velada y acompañada de la vieja criada.

—Entonces, ¿no está prisionera?—pregunté.

—No, puesto que se pasea cuando le place y habla con quien quiere.

—¿Con quién suele hablar?

—Pues con sus proveedores al ir a hacer compras, pues fuera de ellos a nadie conoce ni nadie la conoce.

—De todas maneras, tendrá que dar algún nombre a sus proveedores.

—¡De ninguna manera! Da el nombre de su criada y todo se dirige a ella... ¡Oh!, la *dama velada* ha intrigado e intriga aún a todo Renich.

—¿Qué se dice de ella?

—Como va siempre de negro y siempre velada, se dice que guarda luto, sin duda después de la guerra, y que se ha

retirado aquí para llorar en paz su marido o su hijo. La guerra ha desencadenado tantas miserias morales y físicas que esta explicación ha terminado por parecer a todos natural.

—¿Qué idioma habla?

—El alemán... y con gran pureza; es, sin duda alguna, alemana.

—¿La ha oído usted?

—No, no... Yo salgo aún menos que ella; pero algunos vecinos la han oído y hemos tenido ocasión de ocuparnos de ella en nuestra casa, pues durante algún tiempo no se hablaba en Renich más que de la *dama velada*.

—¿El almirante viene con frecuencia a Renich?

—Dos o tres veces al mes; pero ya sabes el motivo, puesto que te lo he dicho a ti mismo y no podemos dudar de ello. ¡Ay de mí! ¡Venía por ti, para torturarnos por tu causal... Nadie ha sospechado que se interesara en ningún concepto por la *dama velada*. Nunca le vimos entrar en la casa de la loca. Más aún: un día, no hace mucho tiempo de esto, el almirante y la *dama velada* se cruzaron ante nuestras ventanas y ni siquiera se miraron. Estábamos persuadidas de que no se conocían.

—¿Y antes de mi aventura de Madera, no venía nunca el almirante a Renich?

—Sí, sí. Se le ha visto en algunas ocasiones...

—¡Ve usted! Von Treischke venía ya antes; no era, pues, por mi causa... ¡Era por ver a la *dama velada*!

—Puesto que tú lo dices, será posible; pero no concedíamos gran importancia a la presencia del almirante en Renich, pues no ignoras que por su mujer posee en estos alrededores algunas propiedades; nada tenía, pues, de extraordinario que se detuviera algunas horas entre dos viajes...

—Es que hay una cosa que voy a decirle, madre mía, y es que me parece que yo conozco a la *dama velada*...

—Entonces me dirás quién es.

—¡Pero si no sé nada! Me torturo el cerebro para inten-

tar recordar quién puede ser... ¡Sin duda alguna yo la he visto en alguna parte y tengo la intuición de que no hace mucho tiempo de ello!...

—¿Antes de la guerra?

—No, no...; después..., y aun creo que hace poco tiempo; apenas algunas semanas.

—¿Entonces habrá sido en Madera?

—Sí, sin duda alguna, en Madera... En fin, es una obsesión de la que no puedo deshacerme...

—Oyeme, hijo mío—me dijo mi venerable madre—: desecha esa idea y no *compliques tu vida* con esa historia de la *dama velada*, que nada nos importa. ¡Bastante tenemos ya sin ella!

Palabras de prudencia de las que no hice caso alguno, como vais a ver en el siguiente capítulo.